

ZAMORA ILUSTRADA

REVISTA LITERARIA SEMANAL.

DIRECTOR

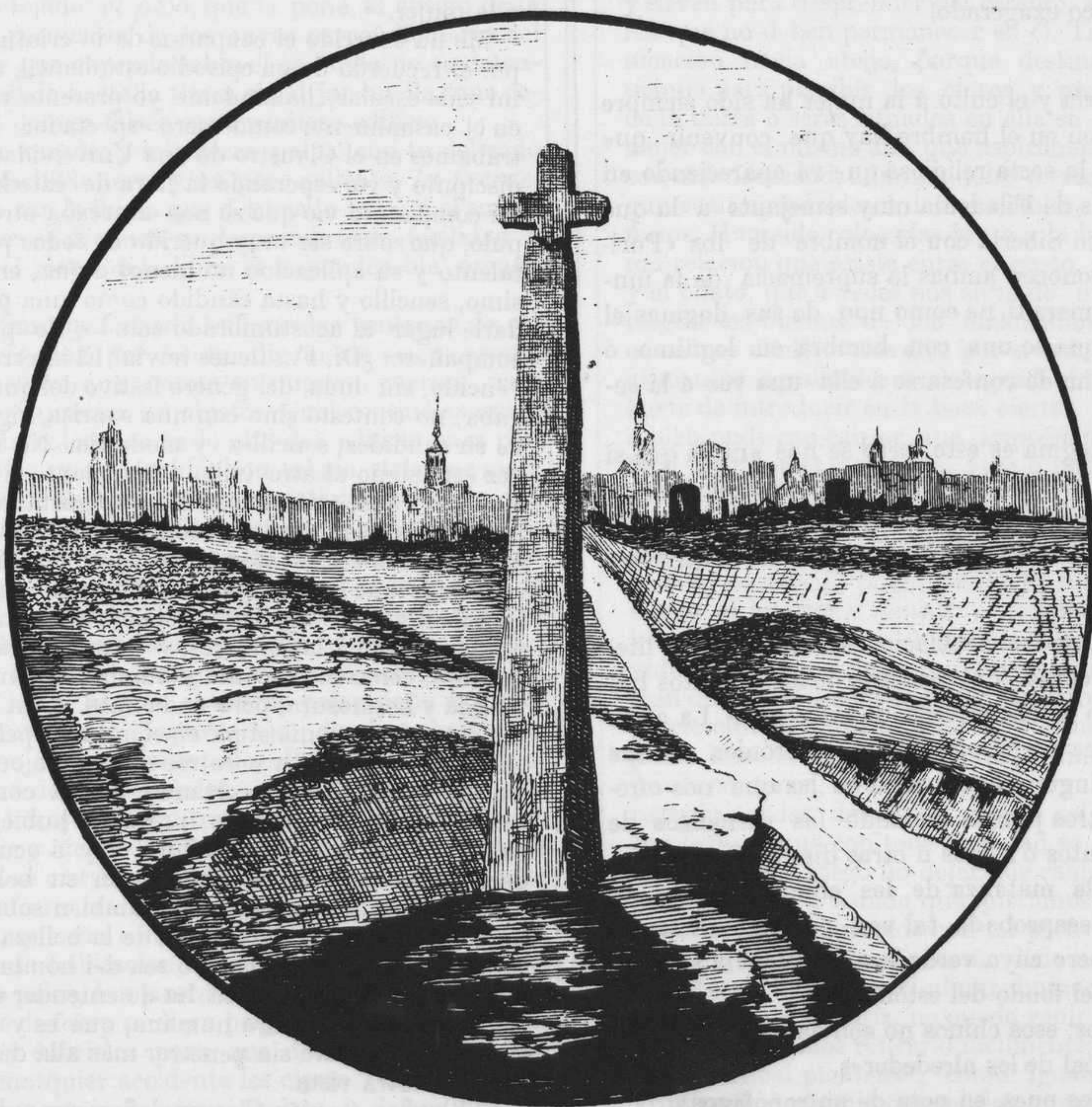
DON URSICINO ALVAREZ MARTINEZ.

Redaccion y Administracion, Rua 12, bajo.

REDACTORES

<p style="margin: 0;">Don Cesáreo F. Duro.</p> <p style="margin: 0;">Don Casimiro Erro.</p> <p style="margin: 0;">Don Manuel A. Narbon.</p> <p style="margin: 0;">Don Andrés Alonso.</p>	<p style="margin: 0;">Don Mariano Perez.</p> <p style="margin: 0;">Don Joaquin del Barco.</p> <p style="margin: 0;">Don Adrian Navas Diego.</p>
--	---

<p style="margin: 0;">TOMO II.</p> <p style="margin: 0;">PRECIO DE SUSCRICION:</p> <p style="margin: 0;">3 reales al mes.</p>	<p style="margin: 0;">Zamora 25 de Octubre de 1882.</p>	<p style="margin: 0;">NÚMERO 25.</p> <p style="margin: 0;">ANUNCIOS</p> <p style="margin: 0;">A PRECIOS CONVENCIONALES</p>
---	---	--



CRUZ DEL REY DON SANCHO:

SUMARIO.—GRABADO: Cruz del Rey Don Sancho.—TEXTO: Crónica general, por Tristan de Valderey.—La criatura humana, por D. Faustino Gomez Carabias.—La caza (fábula) por D. Adolfo Fernandez Martinez.—Nuestro grabado, por D. U. Alvarez Martinez.—Las tres sonrisas, por D. Adrian Navas Diego.—Notas y noticias.—Tertulia.—Anuncios.

CRÓNICA GENERAL.

Para escribir una crónica hablando de una semana ya muy pasada por el retraso que ha sufrido este número necesitábamos tener memoria, y es tanto lo que ha llovido desde que debió salir este número hasta que ha salido que haremos mejor en contar lo corriente que lo atrasado.

Por de pronto ni antes ni ahora se ha concluido el proceso de Arabi; y podemos por tanto aprender que la pesadez en los procedimientos no es un defecto exclusivamente español. Cualquiera que sea el buen trato que, según algunas correspondencias, se da á aquel y sus compañeros de prision, es presumible que preferirían que se concluyese pronto ese forzoso hospedaje cuyo precio deben sospechar que concluirá por ser un poco exagerado!

* *

Si la idolatría y el culto á la mujer ha sido siempre una inclinación en el hombre hay que convenir que es justificable la secta religiosa que vá apareciendo en algunas aldeas de Filadelfia muy semejante á la que ya se conoce en Siberia con el nombre de los «Purificantes.» Reconocen ambas la supremacía de la mujer pero la primera tiene como uno de sus dogmas el de que aquel que se una con hembra en legítimo ó ilegítimo lazo ha de confesarse á ella una vez á la semana.

Peregrino dogma es este, pero se nos antoja que si se estableciera por acá, no faltarían confesiones sacrilegas y confesores que no podrían perdonar ciertos pecados por falta de verdadero dolor de contrición.

* *

La apertura de las Asociaciones científicas y literarias, las elecciones y el recuerdo de los difuntos hacen el catálogo de los sucesos de estos días. La corte de Doña Urraca no ha ofrecido á la crónica de las impresiones ninguna barbaridad de las que nos ofrecen á diario otros puntos llenando los periódicos de robos ó asesinatos ó raptos ú otras distracciones.

Empieza sí la matanza de los chinos, costumbre sangrienta y desaprobada, tal vez, por algunos moralistas rígidos pero cuya verdadera excelencia se reconoce luego en el fondo del estómago.

Tranquilízalos; esos chinos no son de la China, sino de algun arrabal de los alrededores.

No incurrimos pues, en nota de antropófagos.

TRISTAN DE VALDEREY.



LA CRIATURA HUMANA.

De intento he querido encabezar este artículo en la forma que lo hago, porque si bien es cierto que pudiera sustituirse aquel epígrafe con este otro *El Hombre*, no lo es menos que alguno, si oye hablar del hombre, cree que esta palabra no hace relación á la otra mitad de ese excelente género, obra predilecta del Criador Supremo: *La Mujer*; y es muy frecuente entre personas de poca ó mediana instrucción atribuir solo al varón las alabanzas ó vituperios, que se exponen á la consideración de la sociedad para elevar ó deprimir á la criatura humana, y vemos, ó mejor dicho, oímos, que cuando se escuchan las alabanzas del hombre, aunque el que las publica se refiera también á la mujer, esta como que se resiente, creyéndose postergada ó despreciada, y suele exclamar: «¡Vaya por Dios, todo lo bueno es para el hombre, nada para la mujer!» Así como cuando se escuchan sus vituperios, tampoco falta entre el sexo femenino quien suele decir, dirigiéndose al hombre, sea en el seno de la confianza, sea con cierta complacencia, quizá poco sana: «¡Buenos os han puesto!» Por esto me ha parecido oportuno encabezar estos mal pergeñados renglones con la frase *La criatura humana*, á fin de que todos entiendan que lo que se va á decir del sexo fuerte, como se le su le llamar, ó sea del hombre, se entiende que es extensivo igualmente al sexo débil, ó sea á la mujer.

Me ha ocurrido el ocuparme de la criatura humana por el recuerdo de un episodio estudiantil, acaecido en mi vida escolar, hallándome yo presente y figurando en él casualmente como mero espectador. Nos encontrábamos en el Claustro de una Universidad otro condiscípulo y yo, esperando la hora de cátedra, cuando mi compañero vió que se nos acercaba otro condiscípulo, que sobre ser muy querido de todos por su claro talento y su aplicación no menos digna, era modestísimo, sencillo y hasta cándido como una paloma. Sin darle lugar al acostumbrado saludo, le pregunta mi compañero: «¿Dí, F... tienes novia? El interrogado, convencido, sin duda, del género festivo del que le interrogaba, no contestó sino con una sonrisa, signo patente de su candidez, sencillez y modestia. No satisfizo tal vez este signo al atrevidillo interpelante é insistió diciendo: «¡Vaya, está visto, á tí no te gusta la mujer; tú ni siquiera has mirado, ni te has fijado jamás en una mujer! Entonces el interpelado, que por cierto es un zamorano que hoy ocupa un distinguido puesto en la Iglesia, algo más explícito, replicó: «Sí hombre, yo he mirado y miro á las mujeres, y la mujer me admira y encanta, como me encanta y admira el hombre por su belleza y hermosura, pero nada más. Aquí sonó el reloj; el profesor ponía el pié en el primer peldaño de la tribuna profesional, y nosotros corrimos á ocupar nuestro asiento en el aula, cortando así la conversación, que si hubiera continuado, presumo hubiese versado sobre lo mismo de que yo ahora voy á ocuparme, es decir, sobre la criatura humana en su belleza y hermosura física, externa, y quizá también sobre la interna y espiritual. Hablaré, pues, de la belleza y hermosura de la criatura humana ó sea del hombre, y repito que cuanto diga de este se ha de entender dicho también de la otra criatura humana, que es y llamamos la mujer, y hablaré sin penetrar más allá de lo que alcanza nuestra vista.

El hombre, á quien Cicerón define, un animal en el que hay providencia, sagacidad, talentos diversos, penetración, memoria, razonamiento, juicio; y á quien Lhomond, antiguo profesor de París, considera y declara el señor de todos los demás animales, es, sin duda, la criatura más bella y hermosa que en la tierra

patentiza la sabiduría infinita de su Soberano autor. No necesitamos penetrar en su alma, no es preciso inquirir é inspeccionar lo que hay dentro de su cuerpo para percibir cuan bello y hermoso es; basta echar una mirada escrutadora en su conjunto esterno y pasar los ojos de arriba á abajo sobre su exterior solamente, y no podremos menos de exclamar: ¡Qué hermosa y bella es la criatura humana!

En efecto, lector, echa una ojeada á los demás animales y observarás que inclinados todos hácia la tierra, nos indican la dependencia y, digámoslo así, esclavitud en que se hallan para con el hombre. Pasa luego tu escudriñadora mirada por el hombre, y advierte que su actitud recta, elevada y dirigida á lo alto, nos está enseñando que es el rey de todos los demás seres de la tierra, y nos patentiza su soberanía é imperio sobre aquellos. Su conjunto grave y majestuoso nos dice que es el señor de cuanto en la tierra abraza su mirada. Pero basta, basta; no te detengas más en el todo, porque ahí no encontrarás solo su belleza y hermosura; la hermosura y belleza del hombre la hallarás mejor en cada una de las porciones visibles de su cuerpo. Fíjate en la parte superior, y descendiendo por grados, examina detalladamente la encantadora multitud de miembros, sentidos, órganos y resortes, colocados y distribuidos en un orden tan admirable.

Ese hermoso edificio que tienes á la vista, le cobija una abovedada techumbre, *el cráneo*, cubierta por un tupido tejado, *el pelo*, que le pone al abrigo de la influencia perniciosa de los rayos perpendiculares del sol, y hace que cayendo sobre él la lluvia no se detenga y si resbale hasta la tierra sin d'jar huella, que como gotera dañosa falsée ese grandioso edificio.

Baja tu mirada; y si quieres palpa con tu delicado tacto esa fachada tersa y un poco saliente, *la frente*, por donde cae la lluvia que del tejado baja, y el sudor, que á veces se produce, se desprende con facilidad y sin tocar el rostro deja libre el imponderable órgano de la vista.

En esa misma fachada hallarás las ventanas de ese edificio, *los ojos*, por donde, digámoslo así, se asoma el alma, señora que habita en nuestro cuerpo, para examinar y apreciar los objetos. Cual centinelas avanzados están colocados en lo alto del edificio para percibir de lejos, y contruidos con tal maestría que nada más se puede desear. Allá en el interior verás lo que se llama *la niña*, propiamente *la retina*, donde se reúne lo que forma la fuerza de la vista, y es tan pequeña que se esconde fácilmente á todo lo que de fuera puede dañarla. Delante de ella hay como una vidriera de finos cristales, que, sin impedir que la luz penetre y haga su efecto, son conveniente obstáculo para que nada, ni aun el mismo polvo dañe á aquel tan diminuto como limpio espejo, donde, por decirlo así, se dibujan los objetos todos. Para defensa de aquella vidriera de finos cristales, está más afuera la cubierta de los ojos, *los párpados*, de superficie interior, suave y delicada para no herir á aquellos, ya se abran, ya se cierren; y tan flexibles que uno y otro movimiento no les cuesta más que un instante. Esos párpados, que son como si dijéramos las puertas-ventanas de esa habitación, están defendidos por una estacada de pelos, *las pestañas*, que sirven para rechazar lo que de fuera pudiera perjudicarles cuando están abiertos, y cubrirlos para que descansen cuando el sueño ó cualquier accidente les cierra. También tienen los ojos la ventaja de estar ocultos y defendidos por medio de unas eminencias en la parte superior, *las cejas*, y en la inferior, *los pómulos ó mejillas*, para que el agua y el sudor no les toque, y un golpe de objetos sólidos y extraños no les dañe.

A derecha é izquierda de su cabeza se encuentran

Los oídos, que sobre estar siempre abiertos para percibir los sonidos, porque aun dormidos nos es á veces necesario que algun ruido nos despierte, tienen la facilidad de apercibirse de todas las vibraciones del aire, sintiendo no solo los sonidos que nos vengan de la derecha ó de la izquierda, sino tambien de los que lleguen á nosotros por delante ó por detrás con el auxilio de un pequeño movimiento giratorio, que, sobre el cuello, demos á la misma cabeza. Con el amparo de unas ternillas flexibles, *las orejas*, que ponen al oído á cubierto de algunos peligros, se impide que los sonidos se pierdan; y la figura sinuosa y acaracolada de estos hace que aquellos sean más fuertes, porque la voz retumba mejor en los parajes cerrados ó donde hay muchos rodeos. En el interior del oído se encuentra un humor viscoso para que si algun insecto intenta introducirse no pueda pasar adelante y antes quede preso como pajarillo á quien el muchacho caza con liga.

Las narices, que son el muro de separacion y tambien de defensa de los ojos como las cejas y mejillas, nunca están tapadas por la gran necesidad que tenemos de ellas para aspirar el aire necesario á los pulmones; y tienen la entrada más estrecha que su interior á fin de que no se introduzca en ellas ni por ellas cosa alguna que nos pueda perjudicar, y conservan interiormente cierta humedad para que no permanezca allí el polvo ni otro objeto dañoso á la respiracion; y sirven para desprender del cerebro, á veces, humores que no deben permanecer en él. Tienen la comunicacion hácia abajo, porque destinadas al propio tiempo para percibir los olores, y procediendo estos de la tierra ó seres situados en ella se comunican así mejor con el mismo aire que aspiramos y los sentimos con más facilidad, admitiéndolos ó rechazándolos segun sean agradables ó desagradables, inocentes ó dañosos. Han sido colocadas junto á la boca por la íntima relacion que existe entre el gusto, situado en esta, y el olfato, que á veces nos sirve de mucho para distinguir los buenos de los malos alimentos, pues en ocasiones el olfato nos dice por sí solo cuáles son los alimentos agradables ó desagradables, y nos libran hasta de introducir en la boca ciertas sustancias, que ó bien pudieran causar una impresion repugnante, ó bien comprometer nuestra vida ó nuestra salud con solo entrar en aquella.

Inmediatamente por bajo de la nariz y por la indicada relacion que el gusto y el olfato tienen entre sí, ha sido situada *la boca*, conducto indispensable para enviar al interior y remitir al estómago la comida y bebida tan necesarias, ó más bien imprescindibles á la vida, y está construida con tal oportunidad y perfeccion que no se puede mejorar. Su entrada, que es proporcionada al local interior que comprende para no poder introducir más cantidad de alimento que el que puede contener, se halla tan suave y herméticamente cerrada por las dos hojas, dígame así, de una puerta, *los labios*, que con toda facilidad se abren y cierran para recibir y luego no dejar que salga, si no conviene, la comida ó bebida que queramos tomar. El labio superior está construido con tal perfeccion que teniendo un aplomo rastrante, como diria un buen albañil ó arquitecto, hace que si algun humor poco grato se desprende de la nariz, no pueda venir á la boca, y sintiéndolo podamos retirarlo facilmente; y el inferior en línea vertical plomante, como igualmente dirian el arquitecto ó albañil entendidos, impide que si algun residuo del alimento no penetra convenientemente en la boca, no se desprenda con precipitacion sobre el cuerpo ó la ropa, dañando alguna vez por su nociva calidad. En la parte interior de ambos labios hay una superficie suavísima y delicada, para que sin daño

propio ni de los dientes con quienes están en continuo roce, puedan funcionar incesantemente sin herirse, ni desgastarse los unos á los otros. Marchando de fuera á dentro encontramos dos especies de tajantes ó cuchillas horizontales, superior é inferior, *los dientes*, que, correspondiéndose mutuamente, sirven para cortar los alimentos sólidos más ó menos duros y presentarlos algun tanto desmenuzados á una especie de prensa compuesta de dos planchas tambien horizontales, superior é inferior, que igualmente se corresponden, *las muelas*, y que trituran y desmenuzan las comidas más ó menos sólidas, para facilitar su introduccion al interior del cuerpo por el conveniente conducto, *el exófago*. En el centro de la boca hay una como paleta suave, flexible y bastante consistente, *la lengua*, para mover el alimento y llevarlo de una á otra parte de dicha prensa y ayudar al mismo tiempo á la deglucion de lo que oportunamente preparado podemos ya sin peligro introducir por el mismo exófago. El interior de la boca se compone de cuatro paredes, *el paladar, bóveda palatina ó cielo de la boca*, que de estas tres maneras se denomina *el suelo donde descansa la lengua y los dos carrillos*, que se dilatan ó estrechan con facilidad, segun convenga á las operaciones que allí se verifican; y en toda ella hay una fuente perenne de un humor líquido, *la saliva*, no solo necesario para ablandar ciertos alimentos, hacerlos más movibles y triturarlos mejor, sino indispensable, segun los inteligentes, para que ayude en el estómago su digestion. Sirve tambien la boca para aspirar el aire necesario á los pulmones, como se hace por la nariz, y esto sin duda porque no pudiendo vivir el hombre sin aquella aspiracion, su sabio artífice quiso duplicar esos conductos para que faltando casualmente el uno le supliera el otro.

De la parte más robusta y consistente del cuerpo arrancan dos palancas tan fuertes como flexibles y acomodables á todo género de movimientos, *los brazos*, destinados á infinidad de usos y ejercicios de fuerza y accion, que colocados tan oportunamente y contruidos de manera que por sus coyunturas se presten á todo, son medios de ofensa ó defensa, y de apoyo, auxiliares del arte y de la industria, instrumentos indispensables hasta para el sabio, y tan poderosos que facilitan al hombre beneficios innumerables. Por sus coyunturas flexibles unas veces, fuertes é inflexibles otras, se prestan á dar mayor ó menor extension á su ejercicio, se acomodan á movimientos de todas clases; verticales, horizontales, diagonales y circulares, y hasta sirven para ayudar al lenguaje mímico en ciertos casos. Se alargan ó encogen, giran hácia adelante, como se mueven hácia atrás, suben y bajan, se cruzan y unen ante el pecho ó sobre la espalda, segun las necesidades lo exigen.

A sus extremos se hallan colocadas *las manos*, obra maestra del sapientísimo artífice que las fabricó y que tan prodigiosos como múltiples beneficios nos proporcionan. Con una piel fuerte y consistente en su parte interior traen al hombre la ventaja de apoyarse sobre ellas en la tierra y con su auxilio caminar en casos necesarios por el suelo si tiene que reducir la estatura de su cuerpo é introducirse rastreadamente en algun lugar; y sin lastimarse, asir y sujetar objetos ásperos y duros, con el auxilio de la coyuntura de lo que se llama *la muñeca*, puede darlas un movimiento giratorio y casi circular, doblarlas hácia arriba como hácia abajo y con sus *dedos*, flexibles y fuertes tambien, solos ó juntos, multiplicar sus acciones hasta casi el infinito. De ellos usa el labrador, el industrial y el hombre de letras ó de armas para manejar la esteva, el pincel, el escoplo, cincel, martillo, el buril, el compás, la pluma, la espada y cuantos instrumentos ha inventado el in-

genio humano en la industria, el comercio, la navegacion, la milicia y las artes y ciencias todas; y como ayudadas del brazo pueden ir en todas direcciones le sirven para tocar en casi todo el exterior de su cuerpo, adherir ó separar los objetos extraños que le favorezcan ó perjudiquen y molesten, tomar los alimentos, apreciar el grado de calor ó frio de los objetos, su suavidad, aspereza, movimiento, quietud y peso, y ejecutar tantas y tantas acciones que me haría interminable ó quizá jamás concluiría si hubiera de enumerarlas todas. Sus estremidades están convenientemente defendidas por unas conchas huesosas, *las uñas*, que ponen á los dedos en situacion de no poder ser lastimados y que sirven para otros muchísimos objetos.

Cobijado por aquellos mismos brazos en toda su extension está lo principal del cuerpo humano, ó llamémosle tronco de ese hermoso arbol, duro y resistente por la parte posterior con *la columna vertebral y las costillas*, que le favorecen para cargar sobre sí y sostener objetos graves y pesados; y blando y suave por la parte anterior para doblarse sin molestia y con facilidad; apoyado en *las caderas* ó estremidades inferiores, y que encierra en su interior *el pecho*, con sus importantísimos órganos respiratorios, *el estómago* y *el bajo vientre*, donde se halla el precioso laboratorio de su alimentacion y la complicada madeja de intestinos de variadas dimensiones, que van á parar al albañal del edificio, colocado en un punto retirado donde no puede ofender á la vista ni al olfato.

Toda esa máquina tan bien formada y hermosa descansa sobre dos torneadas columnas, *las piernas*, que además de sostenerla la trasladan de uno á otro punto, y de tal modo dispuestas, que por sus coyunturas le permiten andar de acá para allá y en todas direcciones, doblarlas para apoyarse en su mitad en caso necesario, teniendo en sus *rodillas* una piel dura y fuerte que la sostenga sin gran molestia en aquella actitud, y todo basado en *dos piés*, que unidos á las piernas por unas complicadísimas juntas y terminados por igual número de dedos que en las manos le permiten andar con desahogo y sin molestia sobre su base callosa y fuerte, que resiste bien al contacto de la tierra ú objetos duros en que tiene que sostenerse.

En toda la extension de esa hermosa y bien acabada figura encontramos una cubierta, *la piel*, que abrazándola de arriba á abajo y en todos sus contornos, es fina y delicada en unas partes, más consistente en otras y hasta dura en donde conviene, y tiene la propiedad de d-jarse impresionar más ó menos en cualquiera punto para percibir el contacto de cuanto viene de fuera, sintiendo la accion del frio, del calor, de los vientos, del más ligero ambiente y de las numerosas variaciones atmosféricas ya incómodas ó ya agradables y placenteras, para que pueda evitar, separarse ó rechazar lo que le perjudique, y admitir, conservar y gozar lo que le consuele ó plazca. Esa misma piel le sirve oportunamente para retener en el interior y evitar que se derrame, digámoslo así, la sangre que le es tan necesaria, impedir que los humores se disipen ó corrompan con el contacto del aire é influencia de la atmósfera, que la carne conserve ciertas sustancias más ó menos indispensables, y que la accion dañina de ciertos insectos no altere la normalidad de su sabia economía.

Tal es la criatura humana vista y considerada en su conjunto externo y en sus generales y exteriores detalles. ¿Quién al contemplar aquel y estos podrá menos de exclamar? ¡Qué belleza y hermosura hay en la criatura humana! Y si esto sucede al considerar la exterioridad de esa grande obra, la corteza de ese maravilloso arbol, ¿qué sucedería si penetrásemos en su interior y viéramos, estudiáramos y comprendiéramos

aquella ingeniosa economía compuesta de tantos líquidos, de tantos sólidos y de tantos fluidos como la constituyen? ¿Qué si palpáramos tantos órganos y tantos resortes, su perfecta construcción, su colocación tan adecuada y sus relaciones de dependencia y armonía tan inmejorables? ¡Ah! Entonces nuestra admiración subiría de punto y no tendríamos palabras con que expresar nuestros conceptos, ó mejor dicho, nos faltaría entendimiento y criterio para juzgar. ¿Y cómo puede ser otra cosa si la criatura humana es un sér casi divino, ¡puesto que su Criador al formarla dijo: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*? Entre Dios y el hombre no hay identidad, pero sí semejanza; por eso el hombre es tan bello y hermoso.

Si los límites de un artículo y la índole de la preciosa Revista á que dedico mi burdo trabajo lo hubieran consentido, ¡con cuanto gusto hubiese bajado la mano á más minuciosos detalles, y luego sacado un valioso cúmulo de consecuencias tan morales como instructivas para todos! La sabiduría y omnipotencia infinitas del Criador, la gratitud para con este por parte de su predilecta criatura, la confusión y vergüenza de los que quieren, por decirlo así, escalar el cielo y sobreponerse á Dios, darían pié para discurrir no poco y lograr imponderables ventajas para la criatura humana por la misma humana criatura. Pero me he estendido ya mucho y aquello lo dejo á la discreción y esclarecido criterio del lector; yo solo he indicado la idea, él puede desenvolverla más y darla todo el desarrollo que le plazca, mientras yo quedo exclamando y exclamaré: ¡Y aún hay ateos! ¡Cuánta necedad!

FAUSTINO GOMEZ CARABIAS.

LA CAZA.

(FABULA.)

Llevaron á una grande cacería
numerosa jauría,
y además un lebrél de hermosa traza;
de finas patas, arqueado lomo,
movible oreja y, en resúmen, como
pintan los diestros el lebrél de raza.

Salió una liebre luego,
y cual cohete que le prenden fuego,
así por la Manura
compite en ligereza con el viento.
¿Compite, dije? Miento:
supera, en su arrebató, la bravura
del rápido elemento.

Mas, nada le valdrá: que, aunque perdida
ya de los perros todos,
es de cerca seguida
del monte por las breñas y recodos;
y acaba allí su vida
á mano del lebrél de los lebreles,
que lleva en la jornada los laureles.

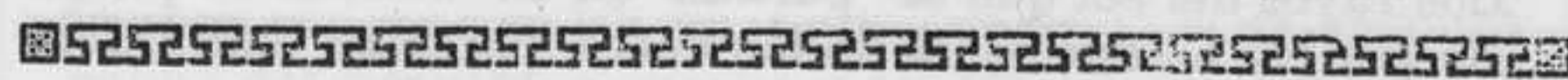
Al fin se oyen de cerca los ladridos:
diez minutos despues llegan rendidos
los cazadores: dudan de sus ojos....
De la liebre sangrientos los despojos
revueltos en el suelo están, ¡oh mengua!,
y ensangrentada del lebrél la lengua....

Un conejo, que salta,
á la tropa y los perros enardece;
pero veloz tambien desaparece
entre la yerba que es espesa y alta;
mas el lebrél goloso,
ágil y presuroso,
tambien ligero hasta las nubes salta,
en el aire se orienta
y á poco rato de él dá buena cuenta:

y antes de que llegara la cuadrilla,
de un bocado comió una paletilla.

En vista del suceso,
reniegan del lebrél en adelante,
y despidenlo á palos al instante.
A fé que obraron con cordura y seso:
*que, sin virtud, la habilidad y el arte
jamás dá bien y daña en toda parte.*

ADOLFO FERNANDEZ MARTINEZ



NUESTRO GRABADO.

Los episodios del cerco que puso á Zamora D. Sancho el fuerte, á más de ser ya harto conocidos, han quedado detalladamente explicados en las noticias de dibujos anteriores que de cosas y personas relacionadas con aquellos sucesos hemos venido ofreciendo en ocasiones diversas á nuestros lectores.

Pero restaba uno de los más interesantes recuerdos que incluir en nuestro álbum, memoria efectiva, evidente y de propósito hincada en la tierra para representar el punto y lugar mismo donde el rey D. Sancho halló el triste fin de sus ambiciones, exhalando, en medio de sus capitanes el último aliento á la vista de su codiciada ciudad cuyas lejanas siluetas confundidas entre la bruma parecerían decir al moribundo monarca de qué suerte vemos huir á lo lejos nuestras más señaladas ilusiones para jamás volver á acariciarlas.

Una cruz, tosca, solitaria, ha quedado solo de aquella majestad de la tierra; el fausto funeral, la rabia de los burlados castellanos, el tropel de los bridones armados, la muchedumbre de blancas tiendas que se estendían en aquel altozano desde donde el sol hacia ver su centelleo sobre las armas de los centinelas zamoranos que se paseaban sobre el muro aun estupefactos de la nueva de la muerte del rey sitiador; todo, todo desapareció. Solo la misma ciudad sitiada por don Sancho, á la que por hambre quiso rendir, solo su perseguida hermana Urraca, son los que labraron un recuerdo, y lo conservan, al rey desdichado.

Luego que fué hallado el rey mal herido cerca de la ermita de Santiago el Viejo fué trasladado á su tienda que ocupaba el lugar que hoy sirve de asiento á la cruz del grabado y á cuyo alrededor se hallaba acampada la hueste sitiadora: allí, entre sus ricos-homes, obispos y capitanes murió el rey; y queriendo su hermana honrar y fijar para siempre la memoria del castellano, ordenó construir esta cruz y un humilladero que cerca existió largo tiempo.

Otro Sancho, más tarde, rey tambien, funda y puebla á la Hiniesta; institúyese la visita anual que por aquel camino hace la virgen de la Concha á la de la Hiniesta; y el clero, los concejos y el pueblo zamorano no olvidan al pasar ante la *Cruz del rey D. Sancho* rezar, siempre con el mayor fervor un responso por el alma del rey cuya muerte recuerda aquella cruz, volviendo hácia la ciudad el rostro de la imagen.

Un monton de pequeñas piedrecillas formado al pié de la cruz y que ha ido ya desapareciendo, había apilado allí la piedad de los caminantes que al pasar junto á esta cruz arrojaban una piedra en muestra de haber rezado una oración.

Tal es el objeto y significacion de ese signo de piedra que se encuentra al lado derecho de la carretera de la Hiniesta y al que desde siglos atrás vienen conociendo las gentes del país con el nombre de la *Cruz del rey D. Sancho*.

U. ALVAREZ MARTINEZ.

LAS TRES SONRISAS.

A MI MUY QUERIDO AMIGO URSICINO ALVAREZ MARTINEZ.

I.

Era un día muy claro.

El cielo se desplegaba magestuosamente sobre mi cabeza sin una nube; sereno y puro como los pensamientos de un ángel.

Los rayos del sol que se partían en la atmósfera perfumada por las emanaciones de las flores, parecían una lluvia de miradas desprendidas de los ojos de cien huríes.

Recuerdo con placer aquel día; fué uno de los más felices de mi existencia.

Jamás he sentido mi corazón tan dispuesto á desgajarse en mil pedazos para lanzar al aire un enjambre infinito de deseos, de esperanzas, de aspiraciones, de suspiros cuyo objeto me era imposible determinar.

Yo respiraba embriagado aquel ambiente que hacía gozar á mi alma de un placer vago, supremo, indescriptible, que no tiene igual en la tierra.

Creo que si alguno hubiera venido en aquel momento á dirigirme la palabra le hubiera dicho «calla!» como quien se vé bruscamente interrumpido al escuchar las armonías de un arpa pulsada por un ángel.

Embebido en aquel éxtasis profundo apenas percibí el crugido de un trage de seda que pasó rozandome suavemente.

Aquel trage cubría el cuerpo de una mujer... ¿fea ó hermosa? No lo sé; porque al clavar mis ojos en su cara solo ví una sonrisa que vagaba sobre los labios más delicados del mundo, como vagan los céfiros de la noche sobre las encendidas corolas de los claveles.

Cerré inmediatamente los ojos, como si cerrara las puertas del alma para que no pudiera escaparse la impresión que acababa de recibir.

Al abrirlos la mujer había desaparecido; pero su sonrisa quedó para siempre grabada en el fondo de mi corazón.

Tenia yo entonces diez y siete años.

Aquella sonrisa acababa de descorrer el velo de la primera época de mi vida.

Se abrió un mundo desconocido para mí.

Los sueños de amor agitaron sus alas en torno de mi frente y la refrescaron con el soplo de la esperanza.

Creí con toda la fé de un niño en la inocencia por que aquella sonrisa me había dicho: *soy pura; he visto sonreír las flores cuando las hiere el primer rayo de sol y yo quiero sonreír como ellas porque las amo; yo quiero ser una flor en el delicioso paraíso de la vida.*

Luego pensé: ¿por qué dirán los hombres que no puede encontrarse la felicidad en la tierra? Esa sonrisa acaba de decirme: *soy feliz; la vida es para mí un apacible lago de transparentes ondas nunca removidas por el aliento de la tempestad.*

Y entonces me sentí empujado por una fuerza irresistible y el acento poderoso de la fé gritó desde el fondo de mi alma: «¡adelante!»

Soñaba con aquella sonrisa eternamente, porque á su influjo se desvanecían las nubes que intentaban oscurecer el cielo de mi ventura y un nuevo sol iluminaba mi espíritu dándole calor y vida pero sin abrasarlo...

Henchido de ilusiones, me lancé tras de los fantásticos objetos que el deseo me presentaba de continuo y recorrí alegremente el vastísimo Eden del mundo, alentado por la fé y la inocencia que aquella sonrisa delicada había vertido en mi corazón.

Al realizar mis aspiraciones no hallaba obstáculos que vencer ni escollos de que huir, porque apenas formulada mi voluntad me abrían paso las montañas, templaba el mar su cólera y la naturaleza entera parecía retratar en su propia hermosura la sonrisa que eternamente llevaba en mi pensamiento.

Era feliz, completamente feliz.

Las puertas de mi juventud se habían abierto con una sonrisa de amor.

Dios mío! se cerrarán con una lágrima?...

II.

Pasaron tres años.

Tres años nada más! Parece imposible que en tan corto espacio de tiempo puedan verificarse tan terribles transformaciones en el espíritu humano.

¡Cuán distintos efectos suelen producir á veces unas mismas causas!

Me hallaba en un baile.

Noche cruel! No puedo arrancarla un instante de mi memoria.

Al recordarla se me cae la pluma de las manos y me estremezco como si estuviera contemplando aún aquella sonrisa fatal.

Ordenemos las ideas.

El salón, en que el baile tenía lugar, era tan bello, tan grandioso como puede concebirlo la imaginación del más soñador artista.

La vanidad arrojaba el guante á la naturaleza, insultando su luz, sus colores, sus armonías.

Los brillantes y las perlas que lucían en los cuellos de las damas, habían perdido allí todo su valor.

¡Tal era la profusión con que se veían!

Magníficos jarrones de flores adornaban los ángulos del salón, impregnando el ambiente de aromas embriagadores.

Los acordes dulcísimos de la orquesta veían á dar el último toque á aquel cuadro de poesía y de encanto inexplicables.

Mi alma estremecida de placer respiraba extasiada aquella atmósfera de luz, de perfumes, de delicias.

Aun conservaba la fé y la inocencia que la sonrisa del primer amor había dejado grabadas en mi corazón.

De repente... ¡Dios mío, tiemblo solo de pensarlo!... una mujer cruzó por delante de mí, no rápida y aérea como una ilusión, sino con la terrible lentitud de la realidad.

No sé porqué, tal vez á causa de un presentimiento extraño, hubiera querido separar mis ojos de aquella mujer.

Pero una fuerza superior me arrastraba.

La miré... Por sus labios vagaba una sonrisa infernal.

Oh! sí: había algo de diabólico en su sonrisa.

No se plegaban sus labios como las hojas de las flores al cariñoso aliento de las brisas, sino como se pliega la frente de Luzbel cuando el huracán de la ira brama sobre su cabeza.

Fria, helada como el desengaño, aquella sonrisa decía: «Yo soy fruto de muchos años de tormentos y decepciones; nací en un cielo de ventura, pero fui arrojada á un infierno de desdichas: el mundo me insultó y hoy á mi vez insulto al mundo y por donde quiera que voy llevo la muerte del alma. La fé! la inocencia! estúpidas ilusiones de los primeros albores de la vida! Yo los he declarado una guerra eterna: he jurado su esterminio porque hubo un día en que las estreché amorosamente contra mi pecho y luego me las arrebataron y me ví despreciada y escarnecida.»

Sonrisa fatal!

Yo no cesaba de mirarla un momento. Quería convencirme de que era falso cuanto me decía, de que era una infame calumnia á la humanidad.

Pero en vano.

A medida que la miraba sentía congelarse la sangre de mis venas y huir las ilusiones todas de mi corazón, como huyen las aves espantadas al ruido de la tormenta.

Miré en torno de mí. Ah! cómo había cambiado el aspecto del salón!

Las luces despedían rayos amarillentos como los que el sol vierte en el crepúsculo de la tarde cuando dá al mundo su último adiós.

Las flores, habían doblegado sus corolas pálidas y marchitas y en vez de mirar al cielo con la inocente alegría de la pureza, parecían fijar sus apagados ojos en la tierra, como si esta fuera su única y postrera esperanza.

Las melodías de la orquesta apenas llegaban á mis oídos. Iban perdiéndose lentamente en el espacio como los tristes acordes de un funeral, como los recuerdos de una felicidad pasada.

Dios mío! Dios mío! El eco repitió mis suspiros de amor y hoy repite los suspiros de angustia que se escapan de mi desgarrado pecho.

Pobre de mí! Era tal la intensidad de mi dolor que creí haber llegado al colmo de mi desventura.

Sin embargo, aún me faltaba que apurar la última gota de aquel amargo cáliz!

III.

¡Quince de Noviembre!

Hoy, hoy mismo hace cabalmente algunos años que perdí la última esperanza de mi vida.

Y bien ¿que tengo yo que hacer en el mundo?

Mi destino se ha cumplido sobre la tierra.

Tres épocas han constituido mi existencia y no puede empezar la cuarta, porque la última se inauguró en las puertas de la eternidad.

Tres sonrisas he visto brillar en el periodo de veintitres años y las tres han huido para siempre, señalándome las tres regiones que es necesario atravesar en el camino de la vida.

La ilusión, el desengaño, la muerte.

¡Verdad terrible que olvidamos harto fácilmente!

Pero ¡ay! llega un día en que el báculo del tiempo hiere las fibras de nuestro corazón y oímos una voz pausada, monótona, lúgubre que grita: ¡despierta!

Y entonces es preciso despertar y abrir los ojos á la triste luz de la verdad y luego alzarlos al cielo en busca del único bien, del único alivio de nuestras penas.

Cuando la sonrisa fatal del desengaño abrió tan honda herida en lo más profundo de mi alma creí muertos para mí todos los goces de la existencia y me abandoné á una horrible desesperación.

Un fantasma cruel me perseguía por todas partes.

El fantasma de la malicia que en los actos más simples de mis semejantes veía yo retratado:

Causábanme horror las mujeres y los hombres miedo.

Llegué á imaginarme que la sociedad era un inmenso mercado donde se traficaba con los sentimientos más puros del corazón humano.

Quise huir de un mundo que con tal cinismo se mofaba de las divinas leyes y que con tanta crueldad me había tratado; á mí que me arrojé en sus brazos lleno de cándida fé!

Entonces, huyendo de caer en el espantoso precipicio del excepticismo, volví la cara atrás, buscando el mismo encanto que en otro tiempo habían vertido las esperanzas en mi corazón.

Los recuerdos!... ay! ellos eran el tormento que más cruelmente me laceraba cuando me traían á la memoria los últimos acontecimientos de mi breve existencia.

¿Que consuelo podían llevar á mi alma las encantadoras ilusiones de mi primer amor?

Es verdad que durante tres felicísimos años hicieron brotar de cuanto me rodeaba un mundo infinito de delicias, de placeres, de goces, de felicidad.

¿Pero qué me quedaba de todo esto?

¿Qué huellas habían dejado trás sí las dichas tan fugazmente pasadas?

Ah! desvaneciéronse al helado soplo del desengaño, como la niebla se desvanece al aliento poderoso del huracán.

Fuéme, pues, necesario retroceder todavía más.

Hice un paréntesis en las dos sonrisas que tan profundamente habían modificado mi ser y fijé mi avarienta mirada en los suaves y tranquilos días de la niñez...

Mas, ay! huyeron también para siempre aquellas inefables dulzuras?

¿No he de hablar más que de cenizas y desolación en la tierra?

Súbito, una figura tierna y cariñosa se dibujó en mi mente.

Una mujer, un ángel de virtud que complementaba todos los recuerdos más gratos de mi infancia.

Y yo la había olvidado! y era tal mi ingratitud que no me arrojé en sus brazos desde el primer momento de mi desventura; que fué necesario llegar al borde de la desesperación para volver los ojos á la que única y verdaderamente podía hacerme feliz en el mundo!

Loco de mí! Aun había un ser que me adoraba, que tenía su vida pendiente de mi vida.

Pero... Dios mío! cuán breves fueron los instantes de este sueño encantador!...

Era á mediados de otoño.

Habían pasado los primeros días del mes de Noviembre, nebulosos, tristes... más tristes aún que mis pensamientos.

Yo no podía consolarme de mis recientes aflicciones, porque al tender la vista en derredor mío, y observar el aspecto melancólico que la naturaleza presentaba, creía habitar un cementerio.

Horribles preludios de mi eterna desdicha!

Llegó por fin el quince... quince de Noviembre! El día apareció más sombrío, más fúnebre que nunca.

Toda la noche anterior la había yo pasado junto al lecho de aquel ángel, que era mi único bien sobre la tierra.

Continuaba velándola, sin dejar un momento de observar las alteraciones de su rostro, cuando vi aparecer en sus labios una sonrisa imperceptible, pero llena de una dulzura celestial; sonrisa que era el «último adiós» de un alma que antes de marchar me dijo: «la virtud tiene su recompensa; sufrir con resignación las amarguras de la vida es alcanzar la palma del martirio; sé mártir y espera; Dios es bueno!»

Transido de dolor me abalancé á observar con mis labios aquella sonrisa, aquella ventura, aquella esperanza que huía para siempre...

Huyó por fin!

Era la última sonrisa de mi madre!

Madre mía!

Pobre Fernando! Pasma ver como influyeron tres mujeres en la marcha de su vida de una manera tan importante.

Y la verdad es que los hombres nos vemos siempre sujetos por esas mismas influencias.

De lo cual he llegado á deducir que todos los naturalistas conocidos han sido unos petates, al afirmar que el hombre es el rey de los animales.

No señor; en la naturaleza hay un animal superior al hombre: es la mujer.

ADRIAN NAVAS DIEGO.

NOTAS Y NOTICIAS.

Sobre la tan controvertida cuestión de Santa Cruz de Mar pequeña, nuestro paisano el Sr. Fernandez Duro ha hecho en la Sociedad geográfica concienzudas consideraciones respecto á la situación que debió ocupar aquella antigua colonia española, mereciendo unánimes elogios del público y de la prensa.

* *

Puede considerarse terminada la obra de habilitación del local que ha de ocupar la Audiencia provincial y que á no dudar contiene los necesarios departamentos para el objeto á que ha de destinarse.

TERTULIA.

CHARADA.

Cantando una *prima tres*
Junto á *prima dos* se hallaba
Mientras *segunda y tercera*
Una *dos primera* caza
Para darsela á mi *todo*
Que es una chica muy guapa.

ZAMORA.—1882.

IMPRENTA DE JOSÉ GUTIERREZ GARCÍA.

Doncellas, 3.

DIRECTOR:
D. Ursicino Alvarez Martinez

SECCION DE ANUNCIOS.

ADMINISTRACION:
Calle de la Rúa, 12, bajo.

HIJOS DE PUGA

Fabricantes de aguardientes, licores, ratañas y vinos generosos.

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1816.

GRAN MEDALLA DE ORO
en la Exposición de Paris de 1878.

DESPACHO ÚNICO: Malcocinado, núm. 6.
SU FÁBRICA: San Torcuato, 67.
Exijase la marca de fabrica.





Clinica oftalmológica.
Se ha establecido en esta capital con residencia fija el distinguido y célebre oculista D. Maximiano Marban en la calle de la Renova, núm. 25.
Recibe la consulta desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde.
En la primera visita serán desengañados los que no tengan remedio.
Los pobres de solemnidad serán admitidos a ella gratuitamente.

HOJALATERIA DE URBANO ALONSO.
CARCABA, 28.

Constructor de bombas para extraer agua, aspirantes é impelentes, subiendo por hora 600 centeros.
Se encarga de toda clase de trabajos con toda perfeccion y prontitud a precios económicos.

ACADEMIA DE MÚSICA
VOCAL É INSTRUMENTAL

DIRIGIDA POR EL

Profesor D. GALO P. Y PERER, Arco de San Ildonso, núm. 2. Se dan lecciones á domicilio.



ALMACEN DE MADERAS
DE
CLAUDIO ANDREU
Cabañales.—Zamora.

En dicho almacén hay siempre un buen surtido de toda clase de maderas del Norte y Soria, nogales y robles, á precios económicos, y se sirven á domicilio.

La Sevillana, fábrica de jabon.—Despacho pormayor y menor, calle de la Feria, 2.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL.
Maravilloso secreto árabe exclusivo del Dr. Morales.

Cura infaliblemente los padecimientos de la cabeza, incluso la jaqueca, los males del estómago, del vientre, los nerviosos y los de la infancia en general.
Se vende á 12 y 20 rs. caja, para 20 y 40 tazas, en las principales farmacias de Madrid y provincias.
Dr. Morales, Carretas, 29, principal.—Madrid.

GRAN SALON-PELUQUERÍA
DE
EMETERIO DE MENA GARCÍA,
3—SANTA CLARA.—3.
Se afeita, corta y riza el pelo.
Se admiten abonos.
Construye y reforma postizos de señora y caballero.
Especialidad en peinados para soirées.

CASA EN VENTA.

En el barrio de Cabañales se ofrece en venta una casa de buenas condiciones colocada á uno de los lados de la carretera.
En la direccion de este periódico darán razon.

ANTIGUO PARADOR
DE LOS COCHES
DE
JOSÉ PACHECO
18. Plazuela de la Rinconada. 18.
VALLADOLID.

MARMOLISTA.

Habiendo llegado á esta poblacion uno, se encarga de toda clase de composiciones, como mesas, lavabos, lápidas y todo lo concerniente á dicho arte.
San Juan de las Monjas, 2.

AVISO IMPORTANTE.

SANTANDER.—CASA DE HUÉSPEDES.

Calle de San Francisco, núm. 23.

El Zamorano Bartolomé Fresno ofrece á sus paisanos y demás favorecedores que visiten estas playas la mencionada casa, situada en la calle más céntrica de Santander y en la que encontrarán buen trato, espaciosas y cómodas habitaciones por el precio de 5 á 6 pesetas diarias, incluso los billetes para el tranvía al Sardinero.

MEMORIAS HISTÓRICAS

DE LA

CIUDAD DE ZAMORA,
SU PROVINCIA Y OBISPADO,

POR EL CAPITAN DE NAVIO

DON CESÁREO FERNANDEZ DURO,

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Se ha publicado el primer tomo de esta notable obra, y se vende en casa de D. Ricardo Linage, calle de Santa Clara, al precio de 30 reales y en la Redaccion de «La Señá Bermeja» Rúa 12.